

Campeones vascos

Un poeta de 150 kilos

Por JOSE R. RAMOS

III

POETA ALDEANO

EL versolari más famoso de Guipúzcoa es hoy *Chirrita*, el del caserío de Gastelu-enea. Tiene setenta y cinco años y ciento cincuenta kilos de humanidad. Para poeta romántico le sobrarían arrebos; pero no le dañan las que tiene para ser vate aldeano, despreocupado y zumbón, labano de sidrería. En cualquiera de las de Guipúzcoa —¿quién las cuenta!— darán razón de *Chirrita* por este nombre. Por el suyo de bautizo casi no le conocen ni en su casa. Eso, en caso de que *Chirrita* la tuviera. No la tuvo nunca. A los quince años le ahogaba ya la de su padre, y huía a menudo de ella para ir a tomar lección de los maestros cantores, que la dan junto a un tonel. Sus academias las tuvo siempre al lado de las *kupelas de sagardúa*, y dió sus mejores conferencias rimadas a la puerta de una taberna cualquier día de mercado en Hernani o Andoaín. Entre sus años y sus kilos, ya no le dejan andar. Cuando le reta un versolari joven algún día de feria, le llevan en un carro tirado por dos novillas. Va la carreta cantando por caminos de aldea, y *Chirrita* encima, henchido de ricos jugos, como un dios mayor del Olimpo vasco, vencedor del ácido úrico.

LAS ESTRELLAS SE FUERON Y SALÍAN LAS GALLINAS

—¿Cuáles son los poetas que más le gustan a usted, *Chirrita*?—le he preguntado el otro día, después de haber sido coronado triunfador en el certamen de versolaris de San Sebastián.

—¿Poetas *dises*? ¿Y qué es, pues, las poetas o eso?

Le explico que poetas son unos versolaris famosos, que escriben libros de versos, y *Chirrita* se sonríe:

—Buenos versolaris no me *parez* a mí que serán ésos, creo—me dice en su jerga, que yo no acertaría a reflejar bien—. Los versos se hacen cantando. Ni en la papelera de Rentería hay papel bastante para escribir todos los *berso-berriak* que yo he cantado en mi vida... Una tarde de romería, en Andoaín, nos encontramos Pello Errota y yo a la puerta de la taberna. El público empezó a *ziricarnos*, porque sabía que éramos rivales. Pello era un versolari de los buenos que ha habido. No hacía falta que el público nos pinchara. En cuanto Pello y yo nos veíamos frente a frente, ya estaba armada la pelea. Empecé yo, diciéndole no sé qué de una blusa que había estrenado. En seguida me contestó él, metiéndose con mi tripa. Yo no me callé; pero él tampoco era mudo. Sus amigos le aplaudían a él, y a mí, los míos. En la taberna nos prepararon la cena. Mientras comíamos seguíamos cantando y poniéndonos como un trapo sucio. Sidra tampoco faltaba; para que la garganta funcionara bien, siempre nos tenían el vaso lleno. Y así estuvimos toda la noche, sin rendirnos ninguno de los dos. El tabernero cerró, y cuando ya amanecía, nos fuimos quedando solos, poco a poco, en la plaza... A ver ahora—termina *Chirrita*—si poetas *esas* que te *dises* metían tantos versos de *desvergüensas*, ni en libro ese grande, grande, de misal de lo latines de *desir* misa.

—Y, en fin de cuentas—le pregunto—, ¿quién de los dos quedó victorioso?

—Victorioso, victorioso... Los dos quedamos bien. Pello me dijo en la última *chanda* que bien estaba que cantáramos para divertir a los amigos cuando había sidra abundante, pero que ya hasta las estrellas se habían marchado a dormir. Yo le contesté que también a mí me molestaba tener la garganta seca. "Pero no pienses que es miedo —le dije—, porque dispuesto estoy a seguir. Si las estrellas se han marchado, ya andan por la calle las gallinas."

NO HACE FALTA SABER ESCRIBIR PARA HACER VERSOS

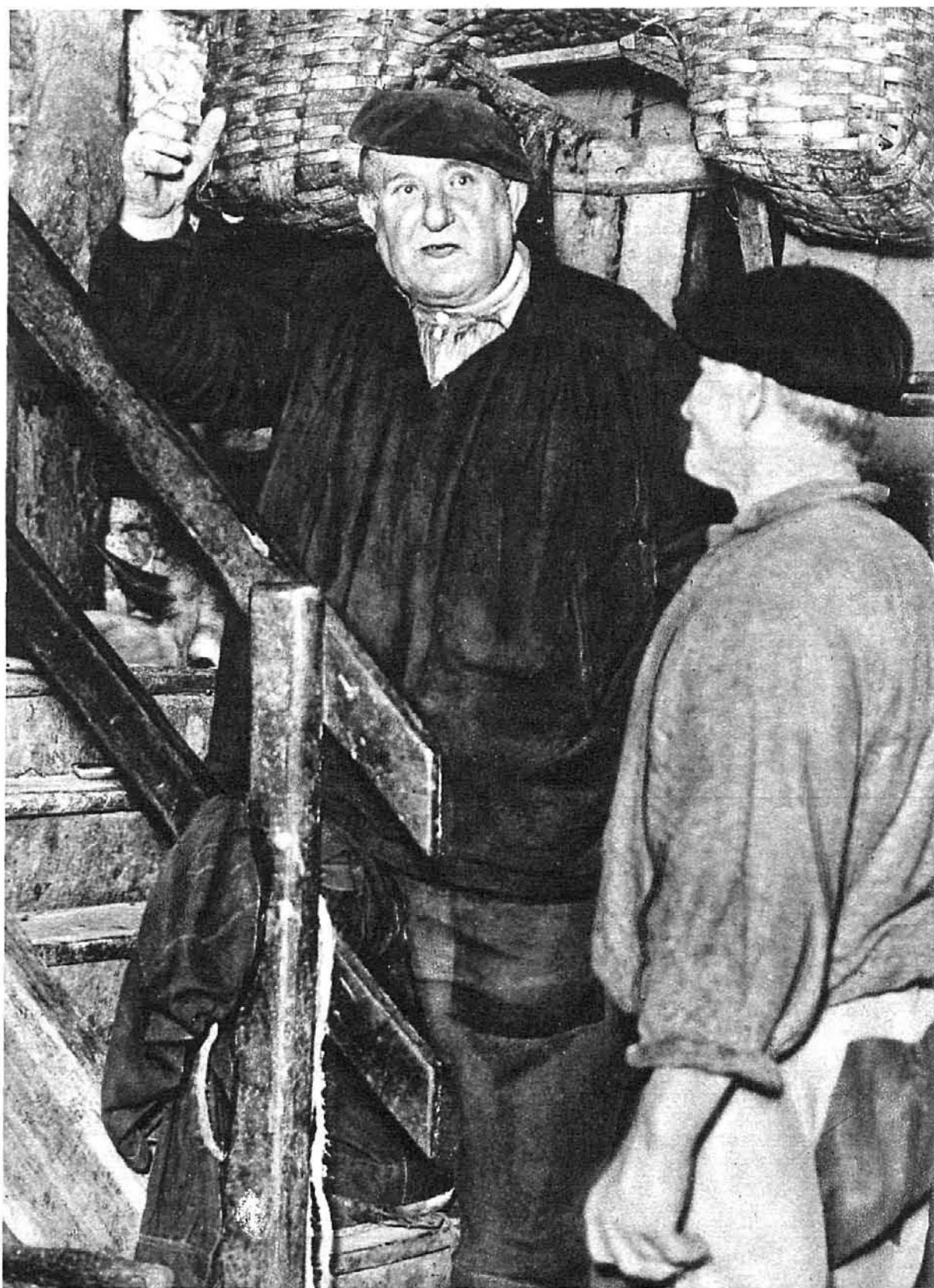
Chirrita, Pello Errota, Zepai, Udarregui, Lezoti... son nombres de poetas populares vascos, geniales y analfabetos las más de las veces. Versolaris. No

hace falta saber escribir para hacer versos. Los suyos no están recogidos en antologías, ni escritos en ninguna parte, pero el público los repite de memoria. Cada uno de sus oyentes es como una página del libro que no han escrito. Entre todos, el libro entero. Hasta con notas marginales.

Os cuentan, por ejemplo: una tarde, *Chirrita*, cuando era joven, estuvo bailando en el caserío Alhaterúa. Como siempre ha sido de mucho peso, resbaló y se hizo daño en un pie. Al salir, no podía andar. Un amigo se le encontró renqueando en la carretera, camino de casa:

—¿Qué te ocurre, *Chirrita*?

Entre la sidra y las vueltas del baile estaba algo



Este es el gesto habitual de «Chirrita» para cantar sus coplas. La que entona ahora es el saludo a los amigos que van a visitarle a su caserío.

Estampo

mareado. Y luego, aquello del pie. Pero contestó cantando.

*Albaternen salan
Demoniuan artan
Demoniosko estraposo bat
Ejin nuen bertan,
Demoniua emen,
Demoniua an
Demoniua beti
gorputsuren bueltan
Demoniua sasoi senkaten
demoniuetan.*

La traducción castellana no puede tener la misma gracia que el original:

"En esa demonio de sala no sé qué demonio me han hecho. Demonios por aquí, demonios por allá, demonios por todas partes, me daban vueltas en el cuerpo. No sé qué demonios me pasa ni qué demonios es esto."

Pero en vascuence, ¡hay que ver qué travesuras hace con las palabras! Y repentizando. Porque la característica del versolari es la improvisación. Se pondría luego a escribir una carta a la familia y no sabría empezar.

"¿TE GUSTA EL BESUGO?"

Después de los partidos de pelota, lo que más apasiona en la plaza de cualquier aldea vasca es una contienda de versolaris. En las fiestas patronales no se puede olvidar nunca como número del programa. Cuando los clientes escasean en la sidrería, se organiza un torneo de buenos rimadores. Otras veces surgen solos. Basta enfrentarlos y azuzarlos un poco. En el que se ha celebrado oficialmente en San Sebastián, los ejercicios no eran otra cosa que la imitación de estas disputas rimadas. Un miembro del Jurado daba la melodía del tema. Temas campestres, de sidrería.

El mantenedor pregunta a Chirrita:

—¿Gustatutzen al zaizu zuri bixigua?

("¿Te gusta el besugo?")

Y él contesta, amarrando su inspiración al consonante que le dan:

—Bai ta jan agiteko
ba-del desiua.
Ori bai nik detela
gausa gustokoa:
pera zurrak eginda
a zur pasua.

("Sí, y buenos deseos tengo de comerlo. Es un plato que me gusta mucho mojado con buenos tragos. Después, ¡qué hermoso paseo!")
El mantenedor se vuelve luego a su contrincante, Zepai, y le dice:

—¿Zer izuditu zaizu orrek esan duna?

("¿Qué te parece lo que ha dicho éste?")
Y Zepai da su opinión:

Ez nuen uste sanik
orlak jatuna.
Aspaldin del naican
oso ezaguna
bera nabarmendu da
asko biar duna.

("No creía que fuera tan tragón, aunque le conozco hace tiempo en cosas de la mesa. Pero él mismo da a entender que le hace falta mucho para el estómago.")

Esto es el prólogo. El mantenedor no ha hecho más que *ziricar* un poco a los dos versolaris, como hace el público en la plaza. Ahora ya no hay más que dejarlos solos...

EL VERSOLARI Y EL TEÓLOGO

No todos los versolaris son iletrados. Fernando Amezquetarra, o sea Fernando el de Amezqueta,

ha sido el Quevedo vasco. Se recuerdan de él infinidad de anécdotas, que revelan su buen ingenio. Fernando andaba metido con frecuencia en desafíos poéticos con el cura de su aldea, que también era versolari. Una tarde tuvo que pasar por la sacristía, para sufrir el acostumbrado examen de doctrina cristiana antes de cumplir con Pascua.

El cura, viéndole entrar, se sonríe con alevosía. Tiene al enemigo metido en su terreno, y le lanza la siguiente estrofa:

*Fernando, nik chartela
atera artian.
esan bear didacu
nola litezkian
isan iru persona
Jaungoiko batian.*

("Fernando, mientras te extiende la papeleta, me tienes que explicar cómo puede haber tres personas en un solo Dios.")

Pero a Fernando no le ha parado nadie en seco. Carraspea un poco, como es de ritual, y allá va la contestación:

*Esango diot bada:
ejemplo batekin:
koloria, usaya,
saboriarekin...
Orra or iru gausa
sagar bakarrakin.*

("Se lo diré en un ejemplo: color, olor con sabor... He ahí tres cosas en una sola manzana.")
¡Que le echaran teólogos a Fernando Amezquetarra!

VIDA ERRANTE DE UN POETA SELVÁTICO

Chirrita ha hecho siempre una vida desenfadada y sin preocupaciones. Vida de poeta, aunque sea selvático.

El nombre de Chirrita lo tiene del caserío que habitaba de niño con sus padres, cerca de Rente-

un rojo perfecto

El matiz y la perfección que ha soñado para sus labios.

ROJO
jungla
ce

MYRURGIA

ría. Por ser el mayor de los hermanos, a él debía quedar vinculado el mayorazgo y la casa, según el derecho consuetudinario vasco. Pero *Chirrita* era un desarraigado. Las faenas del caserío atan demasiado a la tierra, y él quería un oficio más libre. Empezó a aprender el de cantero. Cuando tenía dinero no aparecía en muchos días por casa. Ni por el tajo. Ocho había faltado una vez, y los compañeros le advirtieron por el camino, cuando volvía a trabajar:

—Ha dicho el patrón que cuando llegues te va a despedir.

—No lo hará.

—¿Por qué?

—Porque he decidido no volver más.

Y se metió en una sidrería que había allí cerca. Al poco rato, los canteros, que ya estaban trabajando, le oían cantar en competencia con otro versolari bigardón, de los que nunca faltan al



Academia de versolaris. «Chirrita» celebra sesión con otros dos compañeros.



Cuando la sidra es buena, surge espontáneamente el versolari.



Harto de corregir por su mundo, «Chirrita» ahora desgrana mazorcas y les canta coplas a sus sobrinos.

olor de las buenas cubas. Con el pretexto de verlo que pasaba, uno de los obreros se llegó hasta la sidrería. Como tardaba, otro fué a llamarle, y tampoco volvió. Al poco rato llegó el patrón, y la cantera estaba sola...

Como no era cosa de despedir a todos, no tuvo más remedio que admitir a *Chirrita*.

MÁS DESPRENDIDO QUE ESAÚ

También *Chirrita* vendió su progenitura, como Esaú; pero con más elegancia.

En las costumbres vascas, que tienen fuerza de ley, cuando el mayorazgo se casa, queda constituido en jefe de familia del caserío paterno, con determinadas obligaciones para con sus padres y hermanos menores. En el caserío de *Chirrita*, el mayorazgo era él; pero no le daba importancia. Desaparecía temporadas enteras, que se pasaba por los pueblos navarros y vascosfranceses, de donde le llamaban a cantar en fiestas y romerías. En una de estas ausencias se casó el hermano menor, y se instaló con su mujer en el caserío de los padres. Cuando *Chirrita* volvió, el intruso salió a la puerta. Como vió *Chirrita* que se disponía a decirle algo en tono mayor, le cortó el énfasis con una coplilla. Lo malo es que yo, ahora, no la recuerdo, aunque me la cantó él mismo hace pocos días. Pero estoy seguro de que traducida decía una cosa así:

—Ya sé que te has casado y que has traído aquí a tu mujer. No vengo a pedirte cuentas. Yo soy un vagabundo sin raíces; tú, trabaja y ten muchos hijos. Sólo te pido que cuando venga cansado me dejes tenderme en un rincón."

—Y usted, *Chirrita*—le pregunto—, ¿cómo no se ha casado? ¿No ha tenido nunca novia?

—La tuve una vez y me duró una hora. Fué en la romería de Chomin-enea. Ibamos paseando y le compré unas rosquillas. No sé quién me desafió a cantar y la dejé un momento. Yo tardaba en volver, y ella se marchó con un soldado. Los vi que se iban comiendo las rosquillas que yo le compré.

Toda esta importancia da a las cosas serias de la vida este cigarrón imprevisor, que se pasó su verano cantando alegremente.

Menos mal que es hermano de una hormiga trabajadora, la *echeke-andre* del caserío Gastelu-enea.

Y en su agujero ha encontrado definitivamente abrigo seguro para el invierno.

Esta serie de informaciones termina en el número próximo, con la que lleva por título:

"EL HOMBRE QUE SE COMIÓ 236 CROQUETAS Y DESPUÉS CENO..."